

ducta. Han concedido una y otra cosa, han dejado caer de su mano una y otra reforma, y luego se han reservado aplicándolas, manejándolas, adulterarlas, corromperlas, destruirlas.

El país acababa de mostrar una vez más que no consentía engaños, que no distinguía entre Narvaez y O'Donnell, entre la política moderada y la política vicálvarista; que todos los ministerios le eran igualmente odiosos, igualmente repugnantes, porque hace mucho tiempo que solo representaban y solo significaban la ruina de la libertad. En el último ministerio de union liberal se habian unido la astucia y la fuerza; la primera para vencer á los fuertes, la segunda para amedrentar á los débiles. Posada representaba la astucia política, el maquiavelismo, los medios delicados, finos, para atraer y engañar á los liberales con aquella habilidad, ya proverbial é histórica, con que los engañó en 1859. O'Donnell representaba la infantería, la caballería, la artillería; en una palabra, la fuerza. Parecía imposible que un gobierno con todos estos medios, con todos estos recursos, no lograra engañar á un país que tan susceptible parecía, por generoso, de ser engañado.

Y no, no lo engañó. Subía O'Donnell después de las matanzas del 10 de Abril, después de aquellas estúpidas amenazas á la cátedra, después de aquella sañuda persecucion contra la prensa, después de los sangrientos alardes de Narvaez, y de las botaratadas, pues no merecen otro nombre, de Gonzalez Brabo. Subía con una protesta contra la ruina de la prensa y de la cátedra, con una promesa formal y solemne de resolver todas las cuestiones por el criterio de la libertad. Reconocía á Italia, en cuyo reconocimiento habia como escondido un abismo. Rebajaba el censo. Gritaba á grito herido, libertad. ¿Quién no habia de creerles?

En algunos momentos, dijeron personas autorizadas en los partidos liberales, que solamente quedaba un recurso contra gobierno

tan poderoso: acudir á las urnas, vencerlo en la contienda parlamentaria, destruir sus leyes con la palanca de nuestras leyes. Momento hubo de duda en los ánimos, de vacilacion en los caracteres; momentos supremos en que puede decirse que hizo crisis la fiebre revolucionaria que agitaba al país. El general O'Donnell parecia haber logrado su intento: la tribuna se poblaba nuevamente con sus grandes oradores, las leyes recobraban su imperio, las batallas se reñian en el Parlamento, resucitaba la confianza perdida, y á la luz del dia se intentaban y se concluian mil arreglos que pudieran decorosamente sacar de sus apuros á aquel gobierno que habia despilfarrado en cuarteles, en buques inservibles, y en fortificaciones inútiles, en artes de guerra, los productos de la desamortizacion que debieron emplearse en las artes de la paz.

Ya se veía al Sr. Posada Herrera levantarse, extender sus largos brazos, pasear la esculpida figura delante del banco azul, sonreírse, y comenzar aquella serie de agudos argumentos, tan sarcásticamente dichos; especie de acrobatismo intelectual en que es muy ducho, y en que da saltos mortales, y baila en la cuerda floja, y sostiene el balancin, y divierte y hasta marea, y cree resolver un problema con un sofisma, y engañar al país como deslumbra á su adversario. Y mientras tanto se pasaban cinco años más, cinco años de comicios, de elecciones, de juntas preparatorias, de actas, de votos, de discursos, de sesiones, de asambleas ruidosas, y el país se dormía confiando que en el fondo de las urnas se encontrará su felicidad.

¡Cuánto se nos decia por sostener el retraimiento! ¡Qué de argumentos se dirigian, que muchas veces se clavaban en mitad de nuestro corazon desgarrado! Tratais, se nos decia, de destruir el régimen representativo. Tratais de empobrecer al país que se muere de hambre en su aislamiento. Despreciais la propaganda que ha sido la gloria de la democracia, su gloria en la prensa, su gloria en el

Congreso, su gloria en el Ateneo, su gloria en todas partes. Cerrais las puertas á esos jóvenes oradores que están pugnando por abrirlas, por entrar vencedores dentro del Parlamento, por alcanzar esa fama de la palabra que tanto embriaga y á que aspiran hoy en vano, despedazados los restos últimos de la tribuna. Estais en actitud revolucionaria, y la revolucion no viene. Y nosotros, oyendo estos argumentos, pesándolos, haciendo esfuerzos supremos por el triunfo de nuestra opinion, veíamos el retraimiento condensarse, estenderse y arrebatar á la union liberal todo el aire en que creia respirar la vida.

El retraimiento triunfó completa, absolutamente. Quizá nunca fué tan radical, tan entendido, tan profundamente meditado, tan revolucionario. *El Progreso Constitucional* declara, que aunque vayan progresistas al Congreso, no tendrá representacion allí el partido progresista. Un periódico aferrado á la idea de que el retraimiento debia cesar, dijo en momento de sincera desesperacion: EL PAIS NO NOS HA OIDO: EL PAIS SE RETRAE.

No son estas ú otras fracciones las que se retraian; era el país, el país entero. Solo iban á votar los electores artificiales, los electores autómatas que habia fabricado el Sr. Posada Herrera; los pobres empleados que el ministerio azota con el látigo de una cesantía. Y es porque el país es el partido liberal, y el gobierno estaba fuera del país, estaba en manos de los reaccionarios. El país es la clase propietaria que no quiere tantas contribuciones, y la clase trabajadora que no quiere tantos y tantos gravámenes, tanta y tanta amarga servidumbre. El país es la joven generacion que anhela para su conciencia libertad; para su idea voz. El país es la inteligencia, la riqueza, el crédito, el trabajo, el comercio, la agricultura, la industria, la tierra, que no pueden vivir, que no quieren vivir con la censura, con los fiscales de imprenta, con los jueces amovibles, con los gobiernos militares, con

los conventos reedificados, con las camarillas omnipotentes, con tanto clérigo faccioso, con esas contribuciones odiosas, con el consumo que arranca el pan á la boca del pobre, con el arancel que nos acosa, con el estanco que mata la riqueza, con este sistema medio teocrático, medio feudal que es la consagracion del error, el triunfo de la barbárie.

El país, con su admirable instinto, ha comprendido el bien, y con su voluntad invencible lo ha realizado. El retraimiento acababa de triunfar en toda la línea. «Quejaos, decia un orador, vosotros, los que habeis traído al país á este trance de muerte. Quejaos, los que nos habeis proscrito. Quejaos, los que nos habeis llamado ilegales. Quejaos, los cubileteros de oficio, los grandes amañadores de elecciones; quejaos, si quereis. Gritad cuanto querais, al ver vuestra obra de perdicion. Nosotros creemos haber cumplido un deber de conciencia. Por vez primera, vuestra vida ó vuestra muerte política estaba en nuestras manos. Pues bien, con salir del retraimiento os vivificábamos. Con permanecer en el retraimiento os matábamos. Hemos preferido vuestra muerte.... Manes de Sixto Cámara, de Ruiz Pons, de Moreno Ruiz; mártires de 1856, estais vengados.»

El nuevo Congreso salvaria á la Reina. Imposible, completamente imposible.

Nunca el retraimiento fué más unánime; nunca más amenazador. Allí salieron diputados en Carmona dos representantes indisciplinados del partido progresista. Fuera de esto, la union liberal abandonada á su soledad, envuelta en el silencio de la muerte, sostuvo una gran batalla con los muertos, con los neo-católicos. El triste Tejadó, el lastimero Aparisi, el hábil Nocedal, el jesuítico Ortú y Lara, Clarós el estrambótico, el autor del Canónigo, y algunos ilustres vizcaínos, cuyos nombres jamás se caerian de nuestros lábios si los supiésemos pronunciar, fueron á escribir en el Congreso su protesta contra el reconocimiento del reino de Italia. Así que

columbraban á D. José Posada Herrera, creían que era el canuto donde se encierra el diablo.

«Ahí los teneis; están muertos, decía un periódico, porque la idea que representan es una idea muerta; están muertos porque el espíritu ha huido de su seno; están muertos porque todas las instituciones en que se cobijan son instituciones caducas, están de todo punto corrompidas, disueltas; y sin embargo, señores de la union liberal, os asustan, ponen miedo en vuestro corazon y en vuestra conciencia.»

«¿Por qué es eso? ¿Qué significa eso? Os lo han dicho ellos mismos que al presentarse por cuatro ó cinco ó más provincias han mostrado una vez más cuánto desconfiaban de su victoria; os lo han dicho ellos mismos. No valen nada por sí, no representan nada por sí, no importan nada por sí, ellos, no significaban nada por sí, ellos lo han dicho. Son muertos que entierran á sus muertos, y ya sabeis, como decía la balada alemana, cuán de prisa se van los muertos.»

«Pues bien, ¿cómo es que os asustais? ¡Ah! No os asustan por lo que son en sí, os asustan por las influencias que tienen á su espalda, por los poderes que los protejen, por las corporaciones que los sustentan, por la gran nube de oscuros privilegios que rodea sus frentes maldecidas.»

«Si la union liberal siente mordido su seno ¡ay! no culpe á nadie, cúlpese á sí misma que ha abrigado la serpiente. Si la union liberal conoce la inmensa influencia que anormal é inconstitucionalmente, tienen esos benditos señores, poco temibles en una controversia porque hablan un lenguaje que no comprende el mundo moderno, vea quien le ha dado esa influencia sino los que nunca tuvieron valor para desarraigar la intolerancia religiosa. Si la union liberal tiembla delante de ellos, más, pero mucho más debiera temblar delante de su propia conciencia.»

«¿Quién tuvo cinco años el poder y sostuvo

la prévia censura, y mató con grande ahinco toda aspiracion liberal, todo conato de reformar las creencias escolásticas y tradicionales? ¿Quién desenterró los muertos y enterró los libros? ¿Quién reveló al mundo la inmensa influencia de Sor Patrocinio? ¿Quién se colgó del cuello el relicario, empuñó el cirio, dobló su cabeza para besar el anillo de los obispos? ¿Quién declaró legal toda influencia neo-católica, esa influencia que se va, y facciosa la influencia de la grande idea del porvenir? Esos grandes crímenes de esa civilizacion, crímenes han sido de los unionistas.»

«Que sean castigados ahora por los neo-católicos; que lo sean. Hay Providencia.»

Habian triunfado los vicalvaristas en el resto de la nacion. ¿Y quién votaba á los vicalvaristas? La inmensa falange de empleados que segun la nueva ley electoral, tenían derecho de nombrar á los que deben arreglar los negocios del presupuesto.

Entre el Sr. Posada Herrera y el presupuesto decidieron el éxito de las elecciones. Allí donde el presupuesto y el Sr. Posada Herrera obraron de consuno, dieron la victoria á los vicalvaristas: allí donde solo obró el presupuesto, triunfaron los neos y los moderados. Todo aquí se resuelve en cuestiones de presupuestos. No es el país quien elige sus representantes, quien los elige es el presupuesto.

Examinad el resultado numérico de las elecciones: compulsad el número de votantes con el número de electores inscritos en las listas. Nueve décimas partes de electores se quedaron sin votar. Así el nuevo Congreso resultó elegido por una décima parte de electores. Decid despues de esto que aquellos Congresos eran la verdadera expresion de la voluntad del país. Decid despues de esto que los diputados representaban la voluntad nacional.

Esta extraña situacion política se explicaba por un hecho muy natural, por el retraimien-

to. Esto es tan cierto, que en los dias mismos de las elecciones se explicaba así un periódico de la democracia.

«El retraimiento ha sido el amargo fruto de 30 años de escándalos y de tiranías. Si el comercio se resiente, si la industria se paraliza, si el gobierno carece de fuerzas, las leyes de autoridad, los congresos de prestigio, el sistema constitucional de equilibrio, las luchas parlamentarias de solemnidad, los intereses todos de escudo, los ciudadanos todos de representacion en los asuntos públicos, los partidos todos de aquella actitud legal, que es la paz y la gloria de los países libres; cúlpese, no á los liberales, que han estado luchando y reluchando 30 años con el destino, seguros siempre de ser vencidos; cúlpese á la reaccion criminal y ciega, que nos ha proscrito, que nos ha perseguido y atormentado, que ha hecho de la administracion una máquina de guerra contra nosotros; que ha considerado el voto contrario á sus intereses como una rebelion, y los electores liberales como conjurados; que ha castigado á unos por el ejercicio de sus derechos, que ha corrompido á otros, que ha apenado á todos, concluyendo por conseguir que el derecho electoral sea en nuestra España, como el derecho curial era en los últimos dias del Imperio romano entre aquellos municipios degradados, una calamidad horrible que aborrecen los ciudadanos y los pueblos por su esterilidad completa para el bien.»

En esto los meses frios venian y el cólera se ahuyentaba. La Reina debía volver á Madrid, y los periódicos de oposicion y los comités discutian largamente el medio de manifestarle públicamente el hondísimo disgusto del pueblo. Advertido el gobierno, se apercebíó á rechazar por la fuerza y á disolver por las armas toda manifestacion. Los partidos liberales, seguros de su victoria y deseosos de no comprometerla en aventuras inútiles ni malograrla por tentativas prematuras, prohibieron toda clase de manifestaciones. Para que

la Reina pasase desde la estacion del Norte á Palacio, fué necesario aglomerar allí fuerzas de infantería, caballería y artillería. La Reina, contra su costumbre, y más en estacion tan fria, en Diciembre llegó muy temprano, sin ver en el tránsito ningun rostro que la sonriese, ninguna mano que la saludase, ningun obsequio ni felicitacion fuera de los frios obsequios y felicitaciones oficiales. Aquel mismo dia *La Democracia* puso á la cabeza de su número estas palabras de Mirabeau: «El silencio de los pueblos es una gran leccion para los reyes.» ¿Y qué sucedió? Dejemos hablar al mismo periódico, que daba cuenta así de sus desventuras.

«*La Democracia* de ayer ha sido denunciada. Hemos visto venir al señor juez de imprenta á nuestras oficinas, poner la mano sobre nuestros ejemplares, llevárselos, y apenas nos atrevíamos á crearlo. El conde Mirabeau, el fundador del sistema constitucional en Francia, y por consiguiente en el continente europeo, el que arriesgó su vida y su honra por salvar á la rama primera de la dinastía de los Borbones, ha sido ayer denunciado en las columnas de *La Democracia*. Ahora pueden los señores jueces obedecer fielmente la circular del Sr. Corzo, del implacable fiscal supremo español, y darse á recoger en una espuerta los huesos de Mirabeau y lanzarlos allá en el Saladero, en la nueva inquisicion, en el templo que habeis levantado á la libertad del pensamiento.»

«¡Denunciar á Mirabeau! Al denunciarlo habeis denunciado todo un siglo, toda una revolucion. Era aquel hombre el espíritu nuevo que tronaba en palabras sagradas, en palabras inacabables, cuando la revolucion hacia estallar el viejo mundo feudal. Era aquel hombre la condensacion de las quejas de 15 siglos. Por eso su palabra tenía la grandeza de la justicia, el horror tremendo del castigo. Él mismo no sabia todo lo que se ocultaba en su cerebro, todo lo que hervia en sus pulmones de ciclope. Mirabeau es algo

más que una persona, es la personificación de las revoluciones modernas con sus desórdenes, con sus violencias, pero con su luz inmaculada que tiñe toda la tierra.»

«Nuestro juez de imprenta se ha sentado sobre su sepulcro para pedirle cuenta de sus palabras. ¡Sus palabras! Buscadlas en las ruinas amontonadas por la revolución, en las frias cenizas de la inquisición apagada, en las ruedas del tormento rotas, en la Bastilla pulverizada, en el derecho divino, esa usurpación de la Providencia, arrancado á la frente de los reyes. ¡Sus palabras! Han formado la atmósfera que respiramos, el aire de que vivimos, la luz que hay diseminada en esta sociedad, y es tan seguro que allá el señor juez de imprenta, en el interior de su conciencia, que no conocemos, en el secreto de su voluntad, que no escudriñamos, se ríe de su propio ministerio, y conoce la ineficacia de sus secuestros.»

«El Oriente perseguía á los demonios, la Edad Media á las brujas, ahora perseguís á las ideas. ¿Podrías contener la risa si os presentaran algún reo ante los tribunales diciendo que estaba embrujado? Y sin embargo, aún subsisten leyes relativas á las brujerías y al mal de ojo. Pues bien: los venideros no creerán, cuando las ideas tengan todo el espacio infinito de la conciencia que Dios les ha concedido como á los astros el cielo, los venideros no creerán que las ideas hayan sido perseguidas en un siglo llamado de libertad y de progreso. Esto no puede subsistir mucho tiempo. Cada editor, cada escritor que cae en la cárcel es un golpe más dado en la honda huesa de los poderes tiránicos.»

«Pero no es solamente un crimen repetir palabras de Mirabeau; es un crimen hablar del cólera, un crimen recordar nuestras angustias, un crimen alabar la caridad del pueblo de Madrid, un crimen enaltecer la sociedad de *Los Amigos de los Pobres*, un crimen recordar por qué milagro de caridad se salvó

el vecindario, un crimen poner una flor sobre el ataúd de Ancares y de Zavala.»

«¿De qué hablaremos? *La Correspondencia* noticia el regreso de la Reina. Dice que algunos obreros la victorearon en la puerta de la Casa de Campo. Conste que dice algunos. Añade que la mayor parte de los balcones se hallaban ornados. Conste que no dice todos. No habla nada de aquel entusiasmo que tan pintorescamente trazaban cuando el viaje de la reina á las Provincias Vascongadas, donde hasta los perros ladraban de frenético delirio. Conste que nada dice *La Correspondencia* de entusiasmo en Madrid. Nosotros, nosotros podemos asegurar que sólo oímos el doblar de las campanas, el redoblar de los tambores, el vibrar de los clarines, el rodar de los cañones, grande estruendo; nada más. Esta noche hace un gran frío. Madrid está á oscuras.»

La prensa moderada llegó á un exceso de susceptibilidad increíble. Ante todo le pareció odioso que los demócratas hablásemos de la elocuencia del silencio. Como uno de los periódicos más leídos hubiera publicado en el mismo día, un artículo bien inteligente por cierto, encareciendo la magnanimidad de la Reina al decidirse á regresar á Madrid, también fué acusado de malévolo y sedicioso. ¿Pero qué más? Al ministerio mismo se le acusó de antidinástico y enemigo de las instituciones fundamentales por haberse permitido recordar «en una forma nueva y desusada,» ó sea por medio de una real orden á los generales moderados, la conveniencia de asistir á la ceremonia oficial, cuando como decía *El Pabellón Nacional*, siempre acostumbra los moderados, sin necesidad de tales recuerdos, rendir su respetuoso homenaje á la Reina.

Detengámonos un momento. No se trataba ya del partido democrático, siempre odioso por haber mostrado el audaz propósito de transformar la naturaleza de todas nuestras instituciones: ni siquiera del partido progre-

sista cuyas populares tradiciones que no habían sido perdonadas, sino del partido conservador mismo, de la más valerosa ya que no podamos decir también, de la más liberal de las fracciones del partido conservador. Que el vicalvarismo no ha mostrado constantemente un exceso de fervor monárquico, es indudable: pero que ha prestado al trono y la dinastía, poco más ó menos los mismos servicios que el partido moderado les haya prestado, es también exactísimo. Alguna vez, en 1854 por ejemplo, pudieron advertir los monárquicos sinceros cuán preciosa podía ser y fué de hecho su cooperación. En 1856 no es aventurado conjeturar que al vicalvarismo debió el trono su redención. ¿No se ha dicho además, sin que se contestase satisfactoriamente, que en 1865 como en 1858 los enemigos del orden público y de las instituciones, hubiesen llevado á cabo sus planes sin la inesperada presencia del general O'Donnell en los negocios públicos? Y sin embargo se acusaba en estos momentos vivamente al general y sus amigos de deslealtad; se le acusaba vivamente de varias tentativas peligrosas para la seguridad de las instituciones fundamentales, se le censuraba porque *había retenido* á la Reina tanto tiempo fuera de Madrid, se le señalaba á la cólera de los inmortales hasta por haber aconsejado á la Reina que regresase á Madrid en un día más ó menos próximo, en una hora más ó menos solemne. Nadie suponía que semejantes acusaciones fuesen sinceras. No eran nada ó significaban mucho. No se vierten insinuaciones malévolas sobre la lealtad política del jefe de un gabinete monárquico, sino cuando los indicios de que falta á ella son tan graves que rayan en los límites de la evidencia.

Pero la verdad es, que el general O'Donnell á quien ante todo libraba de toda sospecha en este punto la tradición monárquica que conservara durante la guerra civil, y de la cual no se apartaba en el fondo ni en los momentos en que más necesitado se veía del

auxilio de las pasiones revolucionarias; el general O'Donnell, no dió nunca pretexto para estos ataques. Si ha obrado á veces con cierta ligereza al tratarse de ciertos objetos, si ha recurrido en alguna á la fuerza para imponer su voluntad, no han obrado á su vez de una manera mucho más respetuosa los moderados sus enemigos, y por otra parte, hay que tolerar algo á una naturaleza más altanera que delicada; si adiestrado por un ejemplo tan pernicioso como constante, ha vacilado poco en los medios, ante la seguridad de obtener un fin ardientemente anhelado. Pero el general O'Donnell ha reconocido á Italia se dirá. ¡Ah, es verdad! El general O'Donnell ha reconocido la obra de la revolución italiana: el general O'Donnell no ha sido tan inepto, que creyese que podía conservarse la mitad del tiempo que el general Narvaez vivió sin modificar el *aspecto* del régimen actual, y ha ensayado una reparación á la Universidad y ha detenido por algunos días la persecución á la imprenta y ha transformado la ley electoral y ha solicitado una relación cortés con Italia. ¡Desdichado! ¿Ignoraba por ventura que aquí no sólo estaba privada de favor la libertad, sino que por hipócritas que fueran hasta los homenajes á la libertad se hallaban proscriptos?

El principal objeto de la vuelta de la Reina fué asistir á una ceremonia oficial, á la apertura de las Cortes. Abriéronse las Cortes; otras Cortes nuevas abandonadas por el partido liberal en masa. No es posible concebir, no es posible, por consiguiente, explicar el frío intensísimo á que habían llegado estas ceremonias oficiales. Se tocaban las campanas de las iglesias circunvecinas, se disparaban los cañones, se ponían unas cuantas colgaduras á las ventanas, se enarenaban las calles, salían coches de concha cubiertos de oro riquísimo, tirados por caballos que ostentaban lujosos plumajes en sus briosas cabezas; la corte desplegaba todo su lujo, los bordados cruzaban el pecho y las espaldas de